4546

JACINTO BENAVENTE

LA FARÁNDULA

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara el 30 de Noviembre de 1897.

3

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
calle de la Libertad, núm. 29
1898

LA FARÁNDULA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Teatro fantástico.	2	pesetas.
Versos.	2	—
Cartas de mujeres (agotada).		

Teatro.

El nido ajeno.	2	—
Gente conocida.	3	—
El marido de la Téllez.	1	—
De alivio (monólogo).	0,75	—

LA FARÁNDULA.

En preparación.

Vilanos.

Baby.

Epipsychidion de Shelley (traducción del inglés).

JACINTO BENAVENTE

120

LA FARÁNDULA

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara el 30 de Noviembre de 1897.

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
calle de la Libertad, núm. 29

1898

607895

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA CATALINA.....	SRA. MAVILLARD.
GUADALUPE.....	» PINO.
LA MARQUESA, viuda del Robledal.....	» VALVERDE.
CONCHITA.....	SRTA. RODRÍGUEZ (T.)
PEPITA.....	» GARCÍA (L.)
MIGUELA.....	» GARCÍA (P.)
JUAN MANUEL.....	SR. SANTIAGO.
DON GONZALO HINESTROSA.....	» R. DE ARANA.
AURELIO.....	» PINEDO.
ANSÚREZ.....	» LARRA.
LUÍS.....	» RAMÍREZ.
NICANOR.....	» GONZÁLVEZ.
UN FOTÓGRAFO.....	» BARBERO.
UN REPORTER.....	» VALLE.

La acción en una provincia de España.—Época actual.—Derecha é izquierda, la del actor.

ACTO PRIMERO.

Comedor en casa de D. Juan Manuel. Puerta vidriera al foro, que da paso al jardín. Ventanas á derecha é izquierda (foro). Puertas laterales en los primeros términos derecha é izquierda. Aparadores en los segundos términos. Mesa en el centro.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telón se hallan de sobremesa **Doña Catalina, Guadalupe, La Marquesa, Conchita, Pepita, D. Juan Manuel, D. Gonzalo, Ansúrez, Aurelio** *y* **Luís. Miguela** *y* **Nicanor** *(criados) asisten al servicio. La mesa en desorden, indica que se ha servido un almuerzo opíparo. Botellas de Champagne vacías, frutas, flores, etc. Los personajes estarán colocados en tres grupos y hablarán todos á un tiempo con gran animación. Toda la escena debe llevarse con gran rapidez y movimiento. En el fondo de la escena en un grupo,* **Guadalupe, D. Juan Manuel** *y* **Ansúrez** *de pie, hablan y ríen; en primer término á la derecha.* **La Marquesa** *y* **Aurelio** *sentados. En el centro de la escena (primer término).* **Conchita, Pepito** *y* **Luís,** *con copas de Champagne, brindan. A la izquierda* **Doña Catalina** *da órdenes á los* **criados** *que retiran algunos pla-*

tos de la mesa, etc., etc. En la primera parte del diálogo hablarán todos á un tiempo y la frase sólo sirve de indicación al actor.

Primer grupo.

GUADALUPE.

¡Pobre de mí si lo creyera!

GONZALO.

Voten ustedes conmigo.

ANSÚREZ.

¡Mayoría... de edad!...

(Rien todos.)

Tercer grupo.

MARQUESA.

(Rompe una copa). ¡Ay! ¡Me he puesto perdida!

AURELIO.

No es mancha.

Segundo grupo.

LUÍS.

Eso no vale.

PEPITA.

Es brindis secreto.

CONCHITA.

Para mí no.

LUÍS.

No permito.

PEPITA.

Pero si usted lo sabe.

LUÍS.

¿Yo?

(Rien todos.)

Cuarto grupo.

CATALINA.

Quiten ustedes la mesa... Cuidado con romper nada.

MIGUELA.

Descuide usted.

(El primero y segundo grupo se unen.)

GUADALUPE.

¿De qué se ríen ustedes?

CONCHITA.

¿Y ustedes?

JUAN MANUEL.

¡Caballeros! El brazo á las señoras. Tomaremos el café en el jardín. Marquesa... *(Ofrece el brazo).*

(D. Gonzalo ofrece el brazo á doña Catalina, Ansúrez á Guadalupe, Aurelio á Conchita y Luis á Pepita.)

PEPITA.

(A Luis). Estoy muy enfadada con usted.

LUÍS.

¡Pepita!... *(Salen todos por el foro hablando y riendo.)*

ESCENA II.

Miguela *y* **Nicanor.**

MIGUELA.

¡Si dura este ajetreo, caigo mala!

NICANOR.

(Después de mirar unas botellas). ¿A que no han *dejao* gota?

MIGUELA.

¡*Mia* que comen!

NICANOR.

¡Y *mia* que beben! *(Cogiendo una copa de Champagne medio llena).* Oye, ¿quién ha *bebio* en esta copa?

MIGUELA.

El señor.

NICANOR.

(Bebiendo). Bueno. Que sepa uno lo que bebe; porque esta gente de Madrid no es de fiar. No sé como les gusta este vino; *pá* mí que esto no es vino.

MIGUELA.

¡Qué ha de ser! ¿Tú crees que todo ese estampío y la espumilla, puede hacerse con cosa buena?

NICANOR.

Cosa muy buena debe de ser, porque á tres duros va la botella; me lo ha dicho el mozo que las ha traído del hotel de Europa.

MIGUELA.

Pa mí que los amos se han vuelto locos.

NICANOR.

¡Eso te crees! *Pa* mí que el amo sabe lo que se hace... y todos lo dicen. ¿No ves que

este señor de Madrid es un personaje muy gordo, que ha sido ministro muchas veces? como que es ministro un año sí y otro no.

MIGUELA.

Pero si el señor de casa nunca se ha metido en cosas de política, porque en su casa es más que el rey, porque en toda Moraleda no hay quien tenga lo que tiene el señor, que ni él mismo sabe lo que tiene.

NICANOR.

Pero, ¿no le has oído en la mesa? ¿Que es rey en su casa? Bueno; pero fuera de su casa y de lo suyo, pues como tú y como yo, mal *comparao*, porque no tiene mando en Moraleda y le tienen *sacrificao*. Ya le has oído; le echan más contribución que á nadie, le echan multas y *tóo* por eso, porque no tiene mando. No es como D. Melquiades, que tiene menos dinero y menos hacienda que el señor, pero tiene mando en Moraleda y está mejor *mirao* que el señor y vive como quiere. Ya ves, á Javier, *criao* de la casa, no le paga salario D. Melquiades: cobra como de municipal; el cochero, cobra como de ordenanza del gobierno civil, y el ama del chico, como de puertas. *Mía* tú si son gangas; *tóo* porque D. Melquiades tiene mando.

MIGUELA.

Pero ¿tú crees que toda esta gente que ha *venío* de Madrid á comer y á beber á costa del señor, puede ser gente de *sinificación?* Si *sinificaran* en Madrid, no vendrían á Moraleda á *sinificar*, digo yo.

NICANOR.

¿Tú qué entiendes? Lo que digo yo y lo que dicen todos, es que el amo ha *buscao* buenas aldabas y que de hoy en adelante tendrá mando en Moraleda y hasta *pué* que en Madrid. Ya has oído á esos señorones tan y mientras que almorzábamos; que *tó* está muy malo, que hace falta menos política y más *ministración*.

MIGUELA.

¿Y qué?

NICANOR.

¡Toma! que *pué* que hagan ministro al amo, *pa* que haya más *ministración*.

MIGUELA.

¡Fíate! También dice que se gasta mucho, que hay que *conomizar* y desde que ha *venío* nadie sabe lo que se gasta en esta casa.

NICANOR.

¡Eso sí! *¡Mía* que ha *gastao* el amo!

MIGUELA.

¿A ver? *Mobilario* nuevo en casi toda la casa, que lo han traído de Madrid y sin fin de loza y de cristal, y las luces *létricas* y qué sé yo cuántos vestidos y sombreros *pa* las señoritas.

NICANOR.

Anda, que también nosotros estamos de gala. Lo que siento es que con tanto tragín no me va á tirar mucho este terno.

MIGUELA.

¿Y á mí el vestido? Cuando salga á paseo con él, ya no *tié* vista.

ESCENA III.

Dichos *y* **doña Catalina** *por el foro derecha.*

CATALINA.

¿Pero todavía no habéis quitado la mesa?

MIGUELA.

No regañe la señora. *(A Nicanor.)* Vamos, despacha.

CATALINA.

A las cuatro hay que servir el refresco.

MIGUELA.

¿Sabe usted lo que digo? Que mejor fuera no quitar la mesa en todo el día.

CATALINA.

Contad los cubiertos. ¿Pareció el tenedor?

MIGUELA.

No señora.

CATALINA.

(Limpiando un mueble.) ¡Válgame Dios! ¡Ya me han manchado una silla! *(Nicanor sale y entra durante este diálogo.)*

MIGUELA.

Y á este paso no dejarán cosa sana en la casa.

CATALINA.

¡Cómo ha de ser! ¡Ah! Dile á Basilisa que el almuerzo ha estado muy bien; sólo se ha descuidado en la mayonesa; no estaba en su punto. Luego daré una vuelta por la cocina.

MIGUELA.

No entre usted, señora... que aquello es un rebullicio, que estamos como en un serrallo, y si entra usted nos aturde.

CATALINA.

(A Nicanor.) No lleves tantas cosas á un

tiempo. *(A Miguela.)* Trae ese plato. Voy á tomar un poco de jamón en dulce. Ahora es cuando siento apetito. No he almorzado nada.

MIGUELA.

La señora no prueba bocado por atender á todo.

CATALINA.

Como que estoy volada, temiendo siempre que cometáis una torpeza.

MIGUELA.

Pues no se enfade la señora; pero cada vez que me mira la señora, vamos, que me aturrullo más aún, y Nicanor, dos cuartos de lo mismo. Conque lo mejor es que nos deje usted á nuestra disposición, que gracias á Dios no somos ningunos animales.

CATALINA.

Si no me quejo de vosotros. Mi apuro es que esta gente de Madrid, está acostumbrada á otras cosas, á criados que parecen señores, á otro servicio... Tú, como no has estado en Madrid, no puedes hacerte cargo. ¡Si tú vieras la mesa de Palacio en día de banquete!

MIGUELA.

Pero, ¿ha *comío* la señora en Palacio?

CATALINA.

No, pero vi la mesa antes de la comida. Se ve con papeleta.

MIGUELA.

¡Vaya si tendrá que ver! Pero usted no se apure, que estos señores no se han *quedao* sin comer, porque lo mismo se comerá en Madrid... pero mejor... y lo que es limpieza... No fregarán allí con arena toda la estera.

CATALINA.

Calla mujer. Si yo no sé como se las arreglan las señoras de Madrid; todo el día están en la calle, y luego ves las casas y todo tan limpio y tan bien dispuesto.

MIGUELA.

¡Toma! Por eso; como no están nunca en casa no la revuelven ni la ensucian.

CATALINA.

Alcánzame los pastelillos... Estaba desfallecida...

MIGUELA.

Coma la señora, coma.

CATALINA.

¡No, quita! Viene gente. Llévate todo ésto... ¡Ay! ¡Por poco me ahogo!

MIGUELA.

Mire usted que es mucho trabajo no tener libertad en su casa ni para comer. *(Váse 1.ª derecha.)*

ESCENA IV.

Doña Catalina, Guadalupe *y* **La Marquesa** *por el foro derecha.*

CATALINA.

¿Vienen ustedes á buscarme? Voy en seguida.

GUADALUPE.

No vaya usted. Están muy entretenidos en el billar y con la política. Como nosotras somos de confianza, preferimos ayudarla á usted si necesita usted de nosotras.

MARQUESA.

¡Sí, Catalina, por Dios! Nosotras somos de casa.

CATALINA.

Ya lo sé, marquesa; mil gracias. ¡Y esta pícara de Guadalupe sin venir por aquí en tanto tiempo! Yo que deseaba presentarla á estos señores; porque como usted ha viajado

tanto y ha leído usted tanto, suponía que ha de agradarles hablar con usted, más que con estas pobres provincianas... *(A la marquesa.)* Lo digo por mí y por mi hija.

MARQUESA.

¡Ay! No. Yo soy tan provinciana como ustedes. Y ya ve usted, he viajado mucho, he vivido en Madrid algunas temporadas, y he estado en París y en Bayona y en Lourdes. Pero si me pierdo que no me busquen en Madrid, ni en el extranjero. Si en Madrid no es posible tratarse con nadie, no tienen sociedad; las visitas se despachan con una tarjeta; no se trata usted ni con los vecinos... Y luego... ¿usted creerá que hay ese lujo que dicen? No lo crea usted. Yo llevé catorce vestidos y no pude ponerme más que tres porque se asustaba la gente. Me acuerdo una noche que me llevó mi esposo al teatro de Eslava. Iba yo con un vestido de *suráh*, color de corinto, bordado con lentejuelas de colores, y nos tuvimos que salir á media función, porque todo el mundo nos miraba. Y es que les extraña ver á una señora vestida. Es que no se visten ni para ir al teatro Real. ¿Usted cree que al Real van vestidas?

GUADALUPE.

Es verdad: no se visten mucho.

MARQUESA.

París ya es otra cosa. Pero allí no puede vivir una señora decente. ¡Si usted supiera lo que me ocurrió una noche que me dejó mi esposo sola, nada más que un momento!...

GUADALUPE.

¿Llevaba usted el vestido corinto?

MARQUESA.

No; iba muy sencilla; era en verano... con un traje de franela blanco.

GUADALUPE.

Admiro ese desprecio por las grandes ciudades. A mí, si alguna vez me perdiese, que no me busquen en Moraleda.

CATALINA.

Estoy con Guadalupe. Aquí no hay libertad para nada. Todo se observa, todo se comenta, no se perdona la menor falta de cumplimiento. De cada tres familias, hay una indispuesta con otra; y no hay tén con tén que valga para estar bien con todos.

GUADALUPE.

¡Calle usted! Yo he tenido que abrir una puerta de escape, en la sala, porque á cada momento me veía en un apuro... ¡Que están

las de fulano! ¡Que llegan las de mengano! Que no queremos verlas, que si quedamos mal por un pleito ó por si no saludó primero ó por si no dió parte de boda. ¡Puerta de escape!

MARQUESA.

¿Y se quejan ustedes? Si fuera yo, que á la muerte de mi esposo tuve que sostener tres pleitos con sus parientes y hoy día me veo privada de visitar á muchas buenas amigas, por no encontrarme con esa gentuza, porque no respondería de mí... Pero son cosas que afectan al decoro... Ya ven ustedes, porque nació mi hija á los tres meses de muerto su padre. ¡Tener que dar á luz ante un notario!

CATALINA.

¿Y lo que nos pasa estos días? Porque hospedamos á D. Gonzalo Hinestrosa: ya ven ustedes la gente que ha dejado de venir á casa.

GUADALUPE.

Los periódicos han dado una importancia al viaje de Hinestrosa y á su propaganda, que es natural; los empleados del Gobierno no quieren significarse... ¡Ventajas de estos pueblos! En Madrid reune usted en su casa y sienta usted á su mesa, á conservadores, republicanos, carlistas...

MARQUESA.

Y todos comen.

CATALINA.

De los del otro bando, el que predomina en Moraleda, no hay que hablar. ¡Me han dicho que en el sermón de ayer dijo unas cosas el padre Arolas!...

GUADALUPE.

Si ya le conoce usted. Tiene una manga tan estrecha... Yo he dejado de confesar con él.

MARQUESA.

Todo tiene su explicación. Parece que este señor de Hinestrosa, una vez que fué Ministro, dió no sé qué ley ó qué decreto muy... en fin, muy poco católico... y es natural... ciertas personas intransigentes...

CATALINA.

La Condesa de Miravalle no ha parecido por casa; la de Retana tampoco, ni las de Cueto del Monte, ni las de Moral del Río...

MARQUESA.

Todas las de la Congregación.

CATALINA.

Tengo que hablar con el padre Arolas: no creo que dude de mis sentimientos religiosos.

GUADALUPE.

¡Por Dios! Cuando gracias á usted es hoy algo la Congregación; porque las demás mucho nombrarse presidentas y secretarias y camareras... ¿pero dinero? En la última Junta pasé yo la bolsita ¿y cuánto dirá usted que recogí? Siete pesetas... y una era filipina.

MARQUESA.

De la de Cueto: como si la viera.

GUADALUPE.

Lo gracioso es, que esas puritanas que han dejado de visitarles á ustedes, por no contaminarse con el impío, la escriban á usted pidiendo palcos para la velada de mañana.

MARQUESA.

Y á mí.

GUADALUPE.

Y á todo el mundo.

CATALINA.

No me hable usted. Esa es otra. Nos costará quedar mal con una porción de gente. Creen que nosotros disponemos de todo el teatro.

MARQUESA.

¡Por Dios, Catalina! No se olvide usted de mí...

GUADALUPE.

Ni de mí. Voy á hacer una lista de mis compromisos. *(Saca un lápiz y escribe en un pedazo de papel.)*

MARQUESA.

Me parece que no tiene usted bastante papel.

CATALINA.

No me pidan ustedes nada. Ansúrez y el Secretario de D. Gonzalo, son los que entienden en eso.

MARQUESA.

Es muy simpático el Secretario... *(A Guadalupe.)* ¿Usted por lo visto le conocía?

GUADALUPE.

Sí; le conocí en uno de mis viajes.

MARQUESA.

Parece hombre muy listo, de mucho mundo.

CATALINA.

Dicen que está para casarse con la hija de D. Gonzalo.

GUADALUPE.

¿Quién? ¿Aurelio? ¿El Secretario?

MARQUESA.

¡Ah! ¿Sabía usted algo?

GUADALUPE.

Lo que ustedes dicen... ¿Yo, qué he de saber, si es la segunda vez que le veo en mi vida?

MARQUESA.

(Aparte á Catalina.) Pero la primera debió ser muy larga.

ESCENA V.

Dichas, Conchita, Pepita *y* **Luís**
por el foro derecha.

CONCHITA.

¡Mamá, mamá!

CATALINA.

¿Qué quieres, hija?

CONCHITA.

Los de Renovales están en el jardín con papá y con esos señores.

CATALINA.

Voy allá.

MARQUESA.

No se quejará usted; aún la visita á usted la magistratura.

GUADALUPE.

Cómo se conoce que es inamovible.

CATALINA.

¿Me acompañan ustedes?

MARQUESA.

Yo no. Por ese señor estuve á punto de perder uno de mis pleitos...

CATALINA.

(A Guadalupe.) ¿Y usted?

GUADALUPE.

También me quedo. Ya sabe usted que la de Renovales tuvo un disgusto con mi tía cuando fueron camareras de San Antonio: la de Renovales se empeñó en vestir al niño...

CATALINA.

No creo que se quede al refresco... Hasta ahora. *(Váse doña Catalina por el foro derecha.)*

ESCENA VI.

Dichos *menos* **doña Catalina.**

PEPITA.

¡Cuánto hablan esos señores! ¡Qué discusiones! ¡Qué gritos!

LUÍS.

¡Pobre D. Juan Manuel! A todo trance quieren afiliarle al nuevo partido. ¡Con buena pillería se ha metido tu padre!

GUADALUPE.

No hable usted así, Luisito. D. Gonzalo es un caballero y persona muy respetable por su talento, por...

LUÍS.

Un farsante como todos esos politiquillos de Madrid.

MARQUESA.

(A Guadalupe.) No discuta usted con este bruto. *(A Pepita.)* ¿Por qué te has recogido la trenza?

PEPITA.

¡Ay, mamá! Déjame... estoy mejor así.

MARQUESA.

Qué afán de envejecerte. Como si todo el mundo no conociera, á pesar de que estás muy desarrollada, que eres una niña todavía.

PEPITA.

Pues mira, mamá. El Secretario de don Gonzalo, me ha dicho que así parezco hermana tuya. Pero no quiero oirte.

MARQUESA.

¿Te ha dicho?... Déjalo, no te lo sueltes.

LUÍS.

(A Guadalupe y Conchita.) Créame usted; las personas como D. Juan Manuel y como mi padre, que tienen dinero y posición, no deben meterse en política... la política es buena para los pelagatos... ¿Por qué no hace tu padre como el mío? Cuando alguién le molesta, se reune una buena partida con los mozos de casa, se les instruye bien y una noche, al volver de una esquina... ¡No hay mejor sistema!

GUADALUPE.

¡Qué atrocidad!

LUIS.

¡A ver quién es el guapo que le impone á mi padre un diputado de Madrid en nuestro distrito! No hay uno que se atreva á parecer por allí... Sí; uno tuvo el desahogo de presentarse en las últimas elecciones, y el mozo venía decidido á gastarse treinta ó cuarenta mil reales... ¡Buen puñado! En pólvora se los gasta mi padre...

GUADALUPE.

(Aparte á la Marquesa.) ¡Qué zafio! Siempre sonando los millones del padre...

MARQUESA.

Pero le suenan en calderilla... á cencerro.

CONCHITA.

Pues á mí me seduce la política.

MARQUESA.

Y á mí.

CONCHITA.

Y los hombres que no hablan de política me parecen tan mal como los hombres que no fuman.

PEPITA.

Yo estoy deseando que llegue mañana, para oir el discurso de D. Gonzalo.

MARQUESA.

Dicen que es un gran orador.

LUÍS.

¡Buen provecho! Yo deseo que llegue mañana para ir á los toros. Por la veladita no me verán ustedes.

CONCHITA.

Me parece muy bien.

LUÍS.

Tenemos invitadas á las cuadrillas en el Casino y esta tarde vamos á esperarlas á la estación, con música.

CONCHITA.

¡Muy bonito! ¿Qué les parece á ustedes?

GUADALUPE.

¡Oh! Los elegantes de Moraleda son muy atentos con las damas. Se pasan la vida en el Casino, no se ocupan en política, ni leen un libro ni un periódico; pero murmuran de todo el mundo, no hay reputación respetable para ellos, se juegan los olivares y las dehesas muy bonitamente...

CONCHITA.

Y no es posible contar con ellos para nada.

MARQUESA.

Yo hice los imposibles por reunir una noche á la semana en mi casa, á lo mejor de Moraleda... y á las dos ó tres noches, nos quedamos sin hombres... y eso que yo les permitía toda clase de juegos.

PEPITA.

Ahora que tenemos gente de Madrid nos desquitaremos.

LUÍS.

Sí, sí, bailoteen ustedes... y hártense de requiebros y de palabras bonitas.

PEPITA.

¡Qué más quisiéramos!

MARQUESA.

¡Chiquilla! ¡No digas eso!

LUÍS.

¿Va usted á cantar el Telémaco?

MARQUESA.

No; pero Pepita es una niña y no sabe lo que dice y luego ustedes sacan partido de todo en el Casino.

LUÍS.

De esta hecha, nos quedamos sin novias...

CONCHITA.

¡Eres muy gracioso!

LUÍS.

El Secretario ha venido á robar corazones.

CONCHITA.

Es muy simpático y está muy bien educado.

LUÍS.

Eso buscará él; alguna rica tonta; aunque dicen que está para casarse con la hija de D. Gonzalo. Tiene trazas de ser un vividor como toda esta gente. Con su visita y los

discursos y los banquetes, tendremos este año mejores cosechas.

GUADALUPE.

Ustedes harán la recolección desde el Casino...

LUÍS.

Usted no es voto; es usted madrileña.

CONCHITA.

Y amiga del Secretario... Nos ha preguntado infinidad de cosas acerca de ti... ¿Verdad Pepita?

PEPITA.

Sí; ¿cuánto tiempo hace que vive usted en Moraleda...? ¿con quién vivía usted...?

GUADALUPE.

¡Qué curiosidad... más impertinente!

MARQUESA.

Vaya Guadalupe, no sea usted reservada...

GUADALUPE.

Aseguro á usted que no, Marquesa. Se pasa usted de lista.

MARQUESA.

Él se emocionó mucho cuando le presentaron á usted... Usted, no; porque las muje-

res ocultamos mejor las procesiones que andan por dentro... Pero no me diga usted... hubo amores ó por lo menos simpatía.

GUADALUPE.

No me sofoque usted, Marquesa... Le digo á usted que no me importa nada ese caballero. ¡Pepita, Conchita, esta tarde tenemos que divertirnos mucho..., que bailar mucho!

PEPITA.

Sí, sí... hay que aprovecharse... He pensado una broma. *(Rien.)*

ESCENA VII.

Dichos, D. Gonzalo *y* **D. Juan Manuel** *por el foro derecha.*

GONZALO.

¡Juventud, hermosura, alegría! Permítanme ustedes que acuda á su lado, ya que ustedes se refugian aquí, huyendo sin duda de la árida política.

MARQUESA.

¡Siempre tan galante!...

JUAN MANUEL.

D. Gonzalo ha prometido no volver á hablar de política, si por eso le dejan ustedes solo.

GONZALO.

Todo, menos que ustedes me abandonen.

GUADALUPE.

Hablando de política y fumando exquisitos cigarros, estaban ustedes en sus glorias... y de las glorias de los hombres á las mujeres sólo nos llega el humo.

LUÍS.

Y el sueldo y la viudedad.

CONCHITA.

¡Estás muy ocurrente!

JUAN MANUEL.

Luisito es un joven muy práctico; excelente adquisición para su partido, mi señor D. Gonzalo.

GONZALO.

Demasiado práctico á lo que oigo... De mí, existe la opinión vulgar, de que soy un positivista á la inglesa, un hombre frío, sin ideales; los periódicos satíricos me caricaturizan metido en una garrafa. Sin embargo, bien sé

que el sentimiento es una fuerza positiva y que jamás fueron fecundas las ideas, si antes de ser luz en la inteligencia, no fueron calor en el corazón.

MARQUESA.

¡Qué bien dicho!

GUADALUPE.

¡Precioso!

MARQUESA.

¡Ah! ¡Ah!

GONZALO.

¿Y dónde buscar el sentimiento, sino en la mujer? Los ingleses, esos ingleses tan fríos y tan prácticos, según la opinión vulgar, lo aseguran en un proverbio: La mano que mece la cuna, mueve el mundo...

MARQUESA.

¡Exacto!

GUADALUPE.

¡Qué bien dicho!

CONCHITA.

¡Ah! ¡Ah!

GONZALO.

Y yo que no tengo fe en los políticos de profesión, acudo y llamo con todas las energías de mi alma á cuanto represeta una fuer-

za moral: al padre de familia honrado que consagró su vida y limitó sus ambiciones al hogar (esa patria chica), para que agrande ese sentimiento y consagre la misma honrada atención á la patria (ese gran hogar), y de la misma suerte llamo y acudo al corazón de la mujer, á sus delicadezas y ternuras, á todo, en fin, cuanto hay de noble, honrado y santo.

MARQUESA.

¡Admirable!

GUADALUPE.

¡Qué bien dicho!

MARQUESA.

¡Ah! ¡Ah!

JUAN MANUEL.

Sí señor, sí; la política no debe ser monopolio de unos cuantos amañadores... hay que tocar llamada á todas las fuerzas vivas... que parecen muertas... á las personas honradas... porque todavía hay personas honradas... ¡Ah! Si todos los jefes de partido hicieran lo que usted... Porque los hombres honrados somos tímidos. No buscamos, hay que buscarnos.

GONZALO.

¿Por qué estoy en su casa de usted?

(A Luís.) ¿Y su padre de usted, no tendré el gusto de verle antes de marcharme?

LUÍS.

Tardará algunos días. Ahora está en una dehesa á dos leguas de aquí; siempre está yendo y viniendo; cuando él vuelve voy yo y así estamos, siempre uno de los dos en la dehesa... Hay que cuidar la hacienda.

GONZALO.

Quisiera tener una entrevista con él. Es lamentable que persona de su posición, de su prestigio...

LUÍS.

A mi padre no le hable usted de política...

JUAN MANUEL.

También yo decía...

LUÍS.

Sí; pero á mi padre no se le engancha con tanta facilidad.

MARQUESA.

(A Guadalupe, aparte.) No; rompería la lanza.

JUAN MANUEL.

(A Conchita.) Tu madre ha encargado que des una vuelta por la cocina, no hagan

alguna barbaridad los muchachos. ¿Han traído los helados?

CONCHITA.

Los traerán á las tres.

JUAN MANUEL.

D. Gonzalo sabe ya que preparan ustedes una fiesta en su honor.

CONCHITA.

Será la despedida.

GONZALO.

No sabré nunca como pagar...

MARQUESA.

Cuando sea usted ministro, nos dará usted destinos. No le faltarán á usted visitas de señoras...

GONZALO.

No crea usted. Son leyendas de los ministros. Cuando van señoras, las recibe el Subsecretario.

CONCHITA.

Por fin mañana tendremos la velada.

LUÍS.

¡Y por la tarde toros! ¡Día completo!

JUAN MANUEL.

Puede que los toros quiten gente á la velada. Ya le escribí á Ansúrez que debió usted retrasar el viaje.

GONZALO.

¡Imposible! El 14 tengo que estar en Valdecañas, el 18 en Júcar del Río.

LUÍS.

Vamos. Tiene usted más contratas que el Guerra.

JUAN MANUEL.

¡Qué comparaciones, hombre!

GONZALO.

¡Deje usted... tiene gracia! También yo he sido joven y aficionado á toros. ¿Y quién torea?

LUÍS.

¡Calle usted!... Guerrita no ha querido venir este año.

GONZALO.

¡Oh! Si yo lo hubiera sabido... Ansúrez es muy amigo suyo y hubiera podido influir... Pero le tendrán ustedes el año que viene.

LUÍS.

¿De veras? Si consigue usted eso... es usted el gran hombre... creo en usted.

JUAN MANUEL.

¡Pero Luisito!

GUADALUPE.

(A Conchita.) Ha conquistado á tu novio. A este hombre no se le resiste nadie.

CONCHITA.

Con su permiso voy á dar órdenes.

GUADALUPE.

Te acompaño: quiero cumplir mi promesa.

CONCHITA.

¡Ah! Preparar el ponche ruso... Te lo agradezco. Con su permiso D. Gonzalo.

GONZALO.

No debiera concederlo, porque son molestias que ustedes se toman por mí.

CONCHITA.

Es usted muy amable. *(A Luís.)* No te vayas sin despedirte.

LUÍS.

Es muy tarde.

CONCHITA.

¡Qué no te vayas! *(A Pepita.)* Entreténme á Luís... *(A Guadalupe.)* Vamos. *(Vánse Conchita y Guadalupe por la 1.ª derecha.)*

MARQUESA.

(A Juan Manuel.) ¿Se han marchado ya las de Renovales?

JUAN MANUEL.

Sí, señora. Pero han llegado otras visitas y Catalina está con ellas.

MARQUESA.

¿No será ninguna de ellas la de Espinosa?

JUAN MANUEL.

No, señora: no van á visitas. Están de luto por su padre.

MARQUESA.

Me alegro. Entonces acompañaremos á Catalina... Pepita... Vamos.—¡Ay, hija, no sé qué me da verte con el pelo así, pareces una mil mujeres!

PEPITA.

Parezco hermana tuya.

MARQUESA.

Sí, hermana mayor.

PEPITA.

¡Ay, mamá! *(A Luis.)* Venga usted conmigo: me han encargado que le entretenga á usted.

MARQUESA.

Hasta ahora.

GONZALO.

Marquesa. Siempre á sus órdenes. *(Vánse la Marquesa, Pepita y Luis por el foro derecha.)*

ESCENA VIII.

Juan Manuel *y* **D. Gonzalo.**

GONZALO.

Es usted un hombre feliz: su casa es el verdadero *home* inglés; mejor aún, el hogar castellano, patriarcal; pero no hay que ser egoísta: la patria necesita de todos los hombres de buena voluntad... los momentos son críticos.

JUAN MANUEL.

¡Ah! Sí, señor, D. Gonzalo. Usted ha venido á despertarme... Si usted supiera qué caro me ha costado mi apartamiento de la política... Usted lo ha dicho... hay que tener amigos ó enemigos. ¿No es un escándalo, Sr. Hinestrosa, que sea yo el primer contribuyente de Moraleda? Cuando la cuarta, ¡qué la cuarta! Más de la tercera parte de la riqueza territorial, no paga la tercera. ¡Qué la cuarta parte de lo que debía pagar! Ahí tiene usted á mi futuro consuegro, sin ir más lejos.

GONZALO.

Es verdaderamente escandaloso. ¿Por qué disiento yo de todos nuestros actuales partidos? Porque mi lema es éste: «Moralidad, moralidad.» Mi partido no lucha por ideas políticas; está organizado de suerte, que puede sumarse en cualquier momento con cualquier otro partido... con el primero que suba. En fin, mañana oirá usted mi discurso; pero no con discursos, con hechos, espero confirmar mis palabras.

JUAN MANUEL.

Eso, eso.

GONZALO.

Qué mayor gloria para mí, que como al terminar mi discurso «¡he dicho!» Pueda decir al terminar mi obra: «¡He hecho!»

JUAN MANUEL.

¡Bravo!

GONZALO.

¿Tiene usted un lápiz?

JUAN MANUEL.

Creo que sí: tome usted.

GONZALO.

Es un buen final para mañana.

JUAN MANUEL.

No tiene punta. ¡Admirable!

GONZALO.

¡Ah!

JUAN MANUEL.

Escríbalo usted con tinta que no se le olvide... aunque yo me acuerdo... ¡He hecho!... ¡Al terminar!... no se me olvida.

ESCENA IX.

Dichos, Aurelio *y* **Ansúrez**

con periódicos en las manos por el foro derecha.

ANSÚREZ.

Los periódicos de Madrid.

GONZALO.

¿Llegó el correo? ¿Hay cartas?

AURELIO.

No; los periódicos nada más.

GONZALO.

Veamos lo que se dice por Madrid. *(Todos leen periódicos, y en la cara se refleja la impresión de satisfacción ó de disgusto, según indica el diálogo.)*

AURELIO.

¡Ah! Muy bien: nos conceden importancia...

GONZALO.

Eso veo.

ANSÚREZ.

¡Pero qué cosas escriben!

JUAN MANUEL.

Aquí habla muy bien de mí y de la señora y de la niña.

AURELIO.

¡Sí... es la carta que yo envié!...

JUAN MANUEL.

¡Ah! Muchas gracias.

AURELIO.

¿Ha leído usted, Ansúrez? *(Cambian de periódicos.)*

ANSÚREZ.

Lea usted... *(Lee.)* ¡Ah! Muy bien... esto es escribir.

AURELIO.

¡Esto es del imbécil de Castañeda!...

GONZALO.

Decir que yo hago política antinacional...

ANSÚREZ.

Aquí dice que es usted un gran patriota... un patriota á la inglesa.

GONZALO.

(A Aurelio.) Hoy mismo debe usted enviar un artículo de los suyos.

AURELIO.

Se mandará... He pensado...

ANSÚREZ.

(A D. Juan Manuel.) Oye, Juan Manuel.

JUAN MANUEL.

¿Qué se te ofrece?

ANSÚREZ.

Es cuestión de honor para nosotros y para Moraleda que D. Gonzalo tenga mañana un triunfo.

JUAN MANUEL.

Lo tendrá.

ANSÚREZ.

Sí, pero... hasta ahora, sólo contamos con 150 personas para el banquete, necesitamos lo menos 200... Yo sé que hay muchos que asistirían... pero ya ves, el precio del cubierto... si abriéramos la mano en las invitaciones...

JUAN MANUEL.

Sí, hombre... invita, invita.

ANSÚREZ.

Todo ello será cosa de mil pesetas más ó menos.

JUAN MANUEL.

No repares... ¡Ah! Pero que no se entere Catalina... ya sabes lo que son las mujeres.

ANSÚREZ.

Tenemos otro conflicto. El Alcalde no facilita el ramaje con que contábamos. Yo he dicho que entre tu jardín y algún otro...

JUAN MANUEL.

¿Es imprescindible el ramaje?

ANSÚREZ.

Siempre adorna. ¡Ah! Tampoco podemos contar con la banda militar. Como el Gobierno ha dado tanta significación á nuestro viaje, el Capitán general ha denegado el permiso.

JUAN MANUEL.

Llevaremos la orquesta del teatro.

ANSÚREZ.

¡Imposible! Como es la misma orquesta que asiste á las funciones religiosas, el Direc-

tor teme malquistarse con el cabildo... Como Hinestrosa es tan sospechoso para ciertos elementos... A fuerza de fuerzas he logrado reunir á unos cuantos músicos desperdigados... No tienen mucho repertorio; la Marsellesa, prohibida terminantemente. Habaneras, polkas... ya les he dicho que ensayen algo fino, el vals de las olas...

AURELIO.

(A D. Gonzalo.) ¿Cree usted que podemos atrevernos tanto?

GONZALO.

¿Usted cree que no triunfaremos al fin y al cabo, hombre de poca fe?

ANSÚREZ.

¿Quién lo duda? Los periódicos ministeriales han recibido la consigna de atacarnos con toda clase de armas. ¿Qué significa esto? ¡Ah! Y cuando sepan... No quería decirles á ustedes nada... pero...

GONZALO.

¿Qué?

ANSÚREZ.

Muy pronto contaremos con un general, con un general de prestigio.

AURELIO.

¿Y quién es?

GONZALO.

¿Es alguno de los que han figurado en las últimas campañas?...

ANSÚREZ.

Creo haber dicho que era un general de prestigio. ¿No lo aciertan ustedes?

ESCENA X.

Dichos *y* **doña Catalina** *por el foro derecha.*

CATALINA.

(A D. Gonzalo.)—En el jardín hay unos señores que desean hablar con usted á todo trance; han llegado en bicicleta, dicen que son periodistas. Por cierto que nos han dado un susto... Estábamos en el cenador cuando se aparecen de pronto, vestidos de volatineros, y sin decir palabra sacan una cajita negra y ¡paf! disparan; nos quedamos muertas. ¡Era que nos habían retratado!

ANSÚREZ.

Serán los del *Mundo Ilustrado.* Que pasen en seguida. Tráigalos usted, Aurelio.

AURELIO.

Voy en seguida. *(Váse foro derecha.)*

ANSÚREZ.

Tomarán unas copitas. *(A Juan Manuel.)* Dí que preparen algo.

CATALINA.

¿Dónde está Conchita?

JUAN MANUEL.

Está de cocineo con Guadalupe.

CATALINA.

Si me descuido nos pelan el jardín. Ya verás que destrozo.

JUAN MANUEL.

No será tanto, mujer...

CATALINA.

¡Ay! Si de ésta no muero no más bodas al cielo. ¡Como tú no sabes lo que se gasta ni lo que se rompe!... *(Llamando.)* ¡Nicanor! ¡Miguela!

GONZALO.

(A Ansúrez.) Supongo que esos chicos no vendrán con miras políticas.

ANSÚREZ.

No señor... Querrán sacar alguna fotografía... ¡Como es usted el suceso de la semana! *(Salen por la 1.ª derecha Miguela y Nicanor.)*

CATALINA.

¿Pero en qué estáis pensando? ¿Cómo no habéis preparado nada?

MIGUELA.

No regañe la señora. Las señoritas tienen la culpa: se metieron en la cocina y han revuelto todos los cacharros para hacer no sé qué refresco.

CATALINA.

Tú, Nicanor. Lleva las bandejas de dulces y unas copas de Jerez al cenador... y tú *(A Miguela)* trae á escape la bandeja de pastelillos y alcanza unas botellas. *(A Juan Manuel.)* Oye, para esos periodistas será bueno el Jerez de á cuatro pesetas.

JUAN MANUEL.

No mujer... del mejor; no tienes idea de nada. ¿Tú crees que los periodistas madrileños son como los de aquí? Voy por unos cigarros... *(Váse 1.ª izquierda.)*

CATALINA.

(A Miguela.) Dí á las señoritas que despachen... que ha llegado mucha gente. *(Váse Miguela por la 1.ª derecha después de haber dejado encima de la mesa la bandeja de pasteles, otra con copas de Jerez y botellas.) (A D. Gonzalo.)* Con su permiso. *(Váse por el foro derecha.)*

ESCENA XI.

D. Gonzalo *y* **Ansúrez** *y después* **Aurelio, Reporter** *y* **Fotógrafo** *por el foro derecha, con máquina de fotografías instantáneas. Luego* **Juan Manuel** *por la 1.ª izquierda con caja de puros.*

GONZALO.

Pobres señores... Hemos venido á trastornarles la casa.

ANSÚREZ.

Son muy amables y lo agradecen... créalo usted. Sobre todo, el gasto para ellos no significa nada.

GONZALO.

No sé cómo corresponder... ¿D. Juan Manuel no tendrá la gran Cruz de Isabel la Católica?

ANSÚREZ.

Sí: se la dieron con motivo de un concurso agrícola.

GONZALO.

Lo siento.

ANSÚREZ.

No se preocupe usted. Cuando se case Conchita la envía usted un abanico ó un devocionario... un sencillo recuerdo... Ahora se ofenderían. *(Salen Aurelio, Reporter y Fotógrafo.)*

AURELIO.

(Saliendo á D. Gonzalo.) Le presento á usted al Sr. García y al Sr. López.

GONZALO.

¡Ah! Sí... López... García... Del *Mundo Ilustrado* ¿no es eso?

REPORTER.

¡Tanto gusto!

FOTÓGRAFO.

Tengo una satisfacción...

GONZALO.

Soy asiduo lector del *Mundo Ilustrado;* es quizás la Revista más interesante que se publica en España.

JUAN MANUEL.

(Saliendo.) Señores...

GONZALO.

(A Aurelio.) Presente usted...

REPORTER.

No; á D. Juan Manuel ya tenemos el gusto de conocerle.

JUAN MANUEL.

Es verdad... ya decía yo... estas caras... ustedes... son...

AURELIO.

El Sr. García y el Sr. López del *Mundo Ilustrado.*

JUAN MANUEL.

¡Ah! Sí, ya lo creo. No es la primera vez que oigo sus nombres.

FOTÓGRAFO.

Estuvimos en Moraleda el año pasado con motivo de la ejecución de la Churriana y del Canorro.

JUAN MANUEL.

Cierto.

REPORTER.

Nosotros siempre buscando la actualidad, la nota amena...

ANSÚREZ.

El público no pide otra cosa.

JUAN MANUEL.

Pero siéntense ustedes. Tomen ustedes algo... Vaya un cigarro.

REPORTER.

Gracias. No se molesten. *(Se sientan y beben.)*

ANSÚREZ.

(A D. Juan Manuel.) Debes invitarles á comer esta tarde.

JUAN MANUEL.

Les invitaré.

REPORTER.

Ustedes perdonen que nos hayamos presentado en este traje incorrecto... pero mañana tenemos que salir para San Sebastián, y con el tiempo tasado tomamos nuestras cuatro máquinas, dos fotográficas y dos velocipédicas.

FOTÓGRAFO.

Venimos á toda máquina.

ANSÚREZ.

Sentimos que no puedan ustedes permanecer hasta mañana.

REPORTER.

¡Imposible! Pero D. Gonzalo será tan amable que nos adelantará una ligera nota de su discurso y nos permitirá que saquemos unas fotografías.

GONZALO.

Ustedes saben que mi carácter es opuesto á las exhibiciones, pero ya que ustedes se han molestado...

JUAN MANUEL.

¿Pero no vendrán ustedes tan de prisa? Esta tarde nos acompañarán ustedes á comer y de sobremesa...

ANSÚREZ.

Eso es.

REPORTER.

Aceptaríamos su cariñosa invitación, pero nos acompañan tres amigos del «Club Ciclista» y sería descortés...

ANSÚREZ.

¿Cómo? Tráiganlos ustedes. ¡No faltaba más! *(A D. Juan Manuel.)* Invítalos, hombre.

JUAN MANUEL.

¡No faltaba más! ¡Qué vengan!

FOTÓGRAFO.

¿Aceptamos?

REPORTER.

¡Qué remedio! Aceptamos.

FOTÓGRAFO.

Si no tiene usted inconveniente, haremos las fotografías, tenemos luz á propósito...

GONZALO.

Cuando ustedes quieran.

ANSÚREZ.

Será mejor en el jardín.

FOTÓGRAFO.

No: la sombra de los árboles es demasiado intensa. Colóquese usted aquí.

REPORTER.

Deseamos sacar tres ó cuatro fotografías en distintos momentos del discurso que ha de pronunciar usted mañana. Como si se hubieran sacado en el acto.

GONZALO.

Perfectamente.

FOTÓGRAFO.

Aquí, detrás de la mesa.

ANSÚREZ.

Retiraremos las botellas.

JUAN MANUEL.

(A Nicanor que sale por el foro izquierda con una bandeja con copas.) Dile á Basilisa que tenemos cinco personas más á comer.

NICANOR.

Está bien, señor. ¿Son estos de los títeres?

FOTÓGRAFO.

Así, muy bien. Ya está.

REPORTER.

Ahora una mano sobre el corazón... Frase

patriótica... Apoye usted la mano sobre el bolsillo del chaleco, más alta.

FOTÓGRAFO.

Quieto. Ya está.

REPORTER.

La última como usted quiera.

GONZALO.

Cruzado de brazos.

FOTÓGRAFO.

Perfectamente... Ya está... Muchas gracias.

GONZALO.

A ustedes.

FOTÓGRAFO.

Ahora nos permitirán ustedes que saquemos vistas de la casa y algunos grupos de familia... Al entrar hemos visto al jardinero, un pobre anciano... debe tener una historia muy interesante. La publicaremos con su retrato. Usted le tiene por lástima... sentimientos nobilísimos. El pobre ya no debe servir para nada.

JUAN MANUEL.

Cuanto ustedes quieran... Tomen ustedes otro cigarrito... *(Llamando.)* Nicanor, Nicanor. *(Sale Nicanor por la 1.ª derecha.)* Avisa

á las señoritas. Diles que vengan al jardín, que van á retratarnos. *(Váse Nicanor por la 1.ª derecha.)* Pasen ustedes.

GONZALO.

Vamos, Aurelio, Ansúrez.

ANSÚREZ.

Voy en seguida. *(A Aurelio.)* Escuche usted.

AURELIO.

Vamos al momento. *(Vánsen todos menos Aurelio y Ansúrez por el foro derecha.)*

ESCENA XII.

Aurelio *y* **Ansúrez.**

ANSÚREZ.

Tengo que hablar con usted seriamente.

AURELIO.

¿Seriamente? Ahora estamos solos y como los augures de la antigua Roma, debemos mirarnos y reirnos.

ANSÚREZ.

No, debemos mirarnos muy serios. En España, la seriedad hace casi siempre las veces

de talento. D. Gonzalo se lamenta de que es usted poco serio; dice que no hará usted carrera política, le falta á usted entusiasmo por las ideas y por las personas.

AURELIO.

Sí, lo sé. Tengo demasiado espíritu crítico, observo como artista. Estoy con ustedes y pertenezco á su partido, como pudiera pertenecer á otro... ¿Por qué? Porque D. Gonzalo me admitió en su periódico, cuando yo, con ilusiones de artista y de literato, no tenía en donde escribir, ni en donde darme á conocer. Puse mi inteligencia al servicio de su partido, como el obrero pone sus manos al servicio del maestro que le paga. ¿Qué le importa el destino del edificio que levanta? Le dice abre una puerta y la abre; le dice derriba ese tabique y lo derriba; la pluma no es instrumento de trabajo más noble que el palustre. Por mí, fueron muchos ministros, diputados, grandes hombres. ¿Por eso quieren que piense como ellos, que crea en ellos?... ¡Bah! Dios creó el mundo como artista y á poco como crítico, quiso borrarlo con un diluvio.

ANSÚREZ.

¡Por Dios, querido Aurelio! No caiga el chaparrón sobre nosotros. Ya siento haberle dicho á usted nada. El caso es que D. Gon-

zalo desea que envíe usted á Madrid algún artículo caluroso, valiente. Entre nosotros y en confianza, ya hemos visto que el *viajecito* no ha producido el efecto deseado. Aquí, por ejemplo, hemos estado á punto de quedar en ridículo. Gracias al pobre Juan Manuel ha tenido D. Gonzalo quien le agasaje y atienda en estos días.

AURELIO.

Sí, la buena sociedad de Moraleda no ha parecido por aquí.

ANSÚREZ.

Ya ve usted. Sólo contamos con esa pobre Marquesa; Marquesa porque se casó con un Marqués.

AURELIO.

Dicen que es hija de un rentero del Marqués... de un labrador.

ANSÚREZ.

No tan bajo. Era hija de uno de sus apoderados. Eso sí; la infeliz es una buena señora, sin más debilidades que vestirse muy llamativa con trajes de todos los colores del arco iris... En sus tiempos daba muchas reuniones... ¡La flor de lo cursi, pero muy divertidas y con la mayor libertad!... De allí salieron lo menos veinte bodas.

AURELIO.

¿Y de la otra viudita... de Guadalupe? ¿Qué se dice por aquí?

ANSÚREZ.

Esa tiene más *intringulis*. Ya residía yo en Madrid, cuando ella vino á Moraleda con una tía suya, señora viuda de edad respetable. De la sobrina, viuda también, pero sin que nadie haya podido identificar el cadáver..., se dice, se dice muchas cosas... pero acaso usted sepa más que yo, usted que, por lo visto, la conoce...

AURELIO.

No, yo no sé más que usted.

ANSÚREZ.

Si no estuviera aquí D. Gonzalo, á poca costa podría usted saber algo más... pero delante de su futuro suegro...

AURELIO.

¿D. Gonzalo, mi futuro suegro? ¿Usted lo ha creído? No, amigo Ansúrez. Antes dije que, sin escrúpulo, vendí mi inteligencia al primero que quiso utilizarla; el corazón lo he tasado un poco más alto. ¡Já, já! Me contagié; ya recito fragmentos de comedias, de nuestra comedia. En los actores y en los po-

líticos es muy frecuente; la frase precede al sentimiento.

ANSÚREZ.

No hay quien pueda con usted. Se burla usted de todo, hasta de sí mismo. Por algo dicen que es usted *mefistofélico*.

AURELIO.

¿Y que no tengo corazón? Es como si dijeran de Rosthchild, que no tenía dinero, porque le vieran pasar por el Rastro sin comprar nada. Tengo corazón, pero no gasto un céntimo comprando en traperías.

ANSÚREZ.

Escatime usted en buen hora el corazón, pero ya que la comedia no le interesa, á lo menos represente usted su papel lo mejor que pueda; para eso basta con el talento.

AURELIO.

Es que ya me canso de hacer la misma comedia. Esta temporada de provincias me ha desengañado por completo. ¡Siempre la misma farsa! ¡El eterno discurso! Empieza con un saludo á la provincia; recuerdos históricos, monumentos... invocación al patrón ó patrona de la localidad... frases hechas del país católico por excelencia, las venerandas tradiciones, etc., etc. Saludo al bello sexo,

asegurando siempre que las mujeres más hermosas son las últimas... Después himno patriótico, marcha de Cádiz... Después un poco de aritmética, párrafo á la inglesa... mucha estadística... el 99 por 100, el 49 por 50, etc... y el final, ya se sabe... cuando se está en la oposición... ¡Viva la libertad! primero... ¡Viva la monarquía! después. Esta precedencia siempre causa efecto amenazador... Cuando se está en el poder... ¡Viva la monarquía! Y á la libertad que la parta un rayo. ¡Qué farsa! Y así andamos de lugar en lugar como la antigua farándula.

ANSÚREZ.

Como el carro de las famosas Cortes de la Muerte.

AURELIO.

No, el nuestro es más bien la muerte de las cortes; en cuanto al torcer del camino topemos con un hidalgo D. Quijote que en nombre de un ideal, dé al traste con lienzos pintarrajeados, oropeles, farsa y farsantes.

(Se oye dentro un paso doble tocado por una banda.)

ANSÚREZ.

¿Tenemos música?

AURELIO.

No es para nosotros. Es para la cuadrilla

que torea mañana. El pueblo se interesa por ella más que por nosotros. ¡Espectáculo lamentable!—Dirán ustedes.—¡El pueblo de pan y toros! ¡Bah! Déjenle ustedes que se divierta y alégrense ustedes, como la mujer que engaña á su marido debe alegrarse de que su marido se divierta fuera de casa.

ESCENA XIII.

Dichos Luís *y* **Pepita** *por el foro derecha. Después* **Conchita** *y* **Guadalupe** *por la 1.ª derecha.*

PEPITA.

(Deteniendo á Luís.) No se me escapa usted.

LUÍS.

¿No oye usted la música? Formo parte de la Comisión y llego tarde. ¡Conchita! ¡Conchita!

ANSÚREZ.

(A Aurelio.) ¿Escribirá usted ese artículo, á pesar de todo?

AURELIO.

Sí, estaré en mi papel... ya verá usted... aplauso seguro.

CONCHITA.

¿Me llamas para despedirte? Despídete, pero para siempre... para siempre.

LUÍS.

¡Conchita! Eres muy exigente. Estoy aquí desde las doce de la mañana...

CONCHITA.

¡Qué galante! ¡Contar las horas! Vete, vete, vete. Coquetearé con el Secretario... Anda.

GUADALUPE.

Renuncio al ponche. No estoy para ello. Se me ha ido la mano con las yemas. *(A Pepita.)* ¿Qué le pasa á Conchita?

PEPITA.

Está muy enfadada con Luís y decidida á coquetear con el Secretario.

GUADALUPE.

¿Sí?

PEPITA.

Todo lo quiere para ella. ¿No vienen ustedes á retratarse? Nos han sacado grupos muy originales. Yo he salido con mamá en el columpio y á mamá se le ha soltado el pelo.

ANSÚREZ.

Parecerá usted la mamá... ¡Vamos!

AURELIO.

Voy en seguida. Apuntaré unas notas para el artículo.

GUADALUPE.

Voy á lavarme las manos... Voy corriendo. *(Vánse Ansúrez y Pepita, Aurelio y Guadalupe se dirigen cada uno á una puerta y al ver que están solos se dirige uno á otro.)*

ESCENA XIV.

Guadalupe *y* **Aurelio**. *Después* **Nicanor** *por la 1.ª derecha cuando lo marca el diálogo. Luego* **Catalina, D. Juan Manuel** *y* **Gonzalo** *por el foro derecha.*

GUADALUPE.

Estaba escrito. Teníamos que encontrarnos.

AURELIO.

No esperaba yo...

GUADALUPE.

Yo sí. La prueba es que he sabido disimular y tú desconcertado al verme no sabías si saludarme, ni qué decir... Viene gente. *(Sale Nicanor con unos platos, que deja en el aparador.)* Otra vez, aturdido. ¡Qué hombres

estos! Si viviera usted aquí se acostumbraría... la vida es monótona... la buena sociedad se reune poco. *(Váse Nicanor 1.ª derecha.)*

AURELIO.

Sí, he observado... Aquí no podemos hablar...

GUADALUPE.

Ya lo sé. Sólo quiero advertirte que disimules. La Marquesa ha notado que existe algo extraño entre nosotros. Tú no sabes lo que es esta gente. Aquí no podemos dejar de ser lo que aparentamos ser.

AURELIO.

Ya ves... mi posición...

GUADALUPE.

Y la mía... Soy una viuda respetable... y respetuosa... Tú en cambio eres soltero... y según dicen...

AURELIO.

No es ocasión de explicaciones.

CATALINA.

(Dentro.) ¡Nicanor! ¡Nicanor!

GUADALUPE.

(Cambiando de tono.) No venga usted con excusas, necesito dos palcos.

CATALINA.

(Saliendo.) ¡Ah! ¡Guadalupe! Vaya usted al jardín á retratarse, la esperan á usted.

GUADALUPE.

Si iba... Pero mire usted qué manos me he puesto en la cocina.

CATALINA.

No se ataree usted. ¡Nicanor! *(Sale Nicanor.)* El chocolate y el refresco... en seguida. Dile á Basilisa que tenemos cinco personas á comer.

NICANOR.

¡Otras cinco! *(Váse 1.ª derecha.)*

CATALINA.

Venga usted á mi cuarto, se lavará usted.

GUADALUPE.

Ahora voy. Estoy influyendo con el señor Secretario para que me conceda dos palcos.

CATALINA.

¡Pobre Aurelio! Si vale mi recomendación. Ustedes son de casa. No tarde usted, Guadalupe. *(Váse foro derecha.)*

GUADALUPE.

Plateas, si señor...

AURELIO.

Ya sabes que no estoy hospedado aquí. En el hotel de Europa, núm. 6. Allí podemos vernos.

GUADALUPE.

¡Qué disparate! Se sabría y no puedo comprometerme.

AURELIO.

¿Comprometerte conmigo?

GUADALUPE.

A eso hemos llegado.

AURELIO.

Es preciso que hablemos.

GUADALUPE.

Lo sé... es preciso, pero...

AURELIO.

En el hotel.

GUADALUPE.

No es posible.

AURELIO.

¿Qué temes?

GUADALUPE.

Que se sepa.

AURELIO.

Y si lo supieran, la explicación es muy fácil.

GUADALUPE.

¿Estás decidido á dar la explicación?

AURELIO.

Siempre... ¿Y tú?

GUADALUPE.

Aquí es imposible. Aquí soy viuda; lo más que puedo hacer es volver á casarme, y ya ves que estando casada eso es imposible. *(Voces dentro de D. Juan Manuel y de don Gonzalo.)* ¡Chist! *(Cambiando de tono.)* La vida es algo monótona; pero ya se acostumbraría usted á vivir aquí. *(Salen por el foro D. Juan Manuel y D. Gonzalo.)* ¡Ah! Señores, llegan ustedes á tiempo. Hago propaganda de las excelencias de Moraleda, para convencer á Aurelio de que sea nuestro gobernador.

JUAN MANUEL.

¡Bravo!

GONZALO.

No se contentará con tan poco nuestro brillante polemista.

GUADALUPE.

Moraleda bien vale un Ministerio.

GONZALO.

¿Qué dice usted, Aurelio?

AURELIO.

Lo pensaré. ¿Se juega mucho aquí?

JUAN MANUEL.

¡Uf! Tenemos hasta señoritas de *coín*.

GONZALO.

No hable usted así, Aurelio. Los que no le conocen á usted...

AURELIO.

¡Ah! Sí; me olvidaba de mi papel.

GONZALO.

¡Seriedad! ¡Seriedad!

GUADALUPE.

Atienda usted al jefe. ¡Seriedad!

AURELIO.

¿Seriedad pide usted? Tristeza, si usted quiere.

GUADALUPE.

No; yo no quiero verle á usted triste.

JUAN MANUEL.

Vaya, al jardín, señores... *(A Guadalupe.)*

Me parece que ha conquistado usted al Secretario.

GUADALUPE.

¿Yo?... ¿Pobre de mí? *(Vánse por el foro.)*

GONZALO.

(A Aurelio.) Me parece que la viudita coquetea con usted.

AURELIO.

¿Conmigo?

GONZALO.

No lo extraño, porque también coquetea conmigo.

AURELIO.

¿Con usted?

GONZALO.

No hay cuidado. Vengo á predicar la moralidad. *(Se dirigen hacia el foro.)*

TELÓN.

ACTO SEGUNDO.

Una huerta: á la derecha, fachada de una casa de campo. De los árboles habrá colgados farolillos de colores. A la derecha un columpio. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Doña Catalina, La Marquesa, Guadalupe, D. Juan Manuel, D. Gonzalo *y* **Ansúrez** *á la izquierda; las señoras sentadas y los hombres de pie; en el centro de la escena* **Nicanor** *sacando limonada de una garrafa y llenando vasos que habrá sobre un velador de jardín. A la derecha* **Pepita** *en el columpio,* **Luís** *columpiándola, y* **Conchita** *y* **Aurelio** *al lado. Al levantarse el telón se oye la música que toca unos valses y que figura bailan dentro mozos del pueblo; el grupo de la izquierda está viendo bailar, y al terminar aplaude.*

VOCES.

(Dentro.) ¡Viva D. Gonzalo! ¡Viva! ¡Vivan los señores! ¡Vivan!

JUAN MANUEL.

(A Nicanor.) Servid limonada á los músicos y á los bailarines.

NICANOR.

En seguida. *(Váse por el foro llevándose la bandeja con vasos y la garrafa.)*
(Cesa la música.)

GONZALO.

¡Hermosa temperatura!

CATALINA.

¿Cómo ha pasado usted el día?

GONZALO.

¡Un encanto! Tienen ustedes un paraíso en esta huerta.

GUADALUPE.

Nosotras pensábamos haberle obsequiado á usted con una romería al estilo del país y habernos vestido con el traje de las labradoras, pero no había tiempo de preparar nada.

CATALINA.

Y todo quedó reducido á lo que usted ve. Las muchachas discurrieron por broma, esto de los mantones de Manila.

GONZALO.

Muy original... y están ustedes hermosísimas.

MARQUESA.

No, yo no sé llevarlo. Estos disfraces populares se me despegan. ¡Pepita!... Baja del columpio, no te marees.

ANSÚREZ.

Hemos pasado un día delicioso.

JUAN MANUEL.

Para los madrileños, el campo es siempre un atractivo.

VOCES.

(Dentro.) ¡Música! ¡Música!

MARQUESA.

Esta pobre gente es la que más se divierte.

CATALINA.

Son más felices que nosotros.

GONZALO.

¡Ah! Si todos los ricos imitaran el ejemplo de ustedes. Aquí debían inspirarse los socialistas utópicos. Hay miserias, sí, señores, y terribles desigualdades; pero á qué poca costa pueden remediarse.

CONCHITA.

(A Aurelio.) ¿Oye usted? Siempre hablando de cosas serias.

AURELIO.

Sí, política pastoril... La zampoña del socialismo. Es un acompañamiento que va muy bien con todas las músicas...

LUÍS.

Me parece que está usted en el secreto.

AURELIO.

Sí, joven; pero no me descubra usted. Ya ve usted que estoy á su lado y al de estas lindas señoritas; al lado de la juventud, del amor...

CONCHITA.

No; el amor de usted está en aquel lado.

LUÍS.

Ya... ya... Todo se sabe.

PEPITA.

¿Murmuran ustedes? Bajo en seguida.

MARQUESA.

¡Niña, niña! No hagas locuras.

PEPITA.

¡Ay, mamá! Déjame. *(Bebe un vaso de limonada.)*

MARQUESA.

Estás muy sofocada... no bebas ahora... Has bebido demasiado.

CONCHITA.

Sí, Sr. Secretario; todo se sabe, pero le guardaremos á usted el secreto.

LUÍS.

Está usted impaciente. Vaya usted... la política le reclama.

MARQUESA.

(A doña Catalina.) Le digo á usted que es escandaloso. No se habla de otra cosa en Moraleda.

CATALINA.

Por Dios, Marquesa; no se dé usted por entendida.

MARQUESA.

(Observando á Guadalupe y á Aurelio.) ¡Ya están juntos otra vez!

JUAN MANUEL.

(A D. Gonzalo.) ¡De modo que, según las

noticias que ha recibido usted hoy de Madrid, la crisis es inminente?

GONZALO.

Estaba prevista. ¿Qué le dije yo á usted, Ansúrez, el mismo día que salimos de Madrid? ¿Se acuerda usted?

ANSÚREZ.

¡Oh! Fué usted profeta como siempre.

GONZALO.

¿Qué le dije á usted?

ANSÚREZ.

Si el Gobierno no consigue afirmarse en el poder durante el verano, se impone un cambio de política antes del invierno.

GONZALO.

¡Exacto!...

JUAN MANUEL.

Y esta crisis ¿determina algún cambio en la política de usted?

GONZALO.

Ninguno. Estaré donde estoy... Se solicita mi concurso, se trabaja para conseguir una aproximación... pero no estoy dispuesto á hacer concesiones. El partido entrante está

muy dividido y yo no debo sumarme con elementos gastados.

GUADALUPE.

Es que Conchita se ha propuesto coquetear contigo para dar celos á su novio, y como tú eres tan complaciente.

AURELIO.

¡Pero mujer! ¿No hemos convenido en disimular?

GUADALUPE.

¡Pero no tanto! Hemos convenido en que parezca que te has enamorado de mí... y yo de ti... Claro está que poquito á poco y para que no les sorprenda un amor tan repentino... ¡Pero no tan poquito á poco!...

AURELIO.

Sí, si tienes razón, si estoy por descubrirlo todo, por decir á todo el mundo: ¡Señores, ésta es mi...

GUADALUPE.

No seas imprudente. ¿Qué explicación podríamos darles? La verdad en este caso es lo más inverosímil...

AURELIO.

¡Y la mentira es ridícula! Un marido que hace el amor á su mujer.

GUADALUPE.

¡Chist! La Marquesa y doña Catalina no dejan de observarnos...

LUÍS.

(A Conchita.) Siempre dije yo que este Secretario era un cuco. En cuanto se ha enterado de que la tía de Guadalupe tiene más de renta que de sueldo un ministro, con gastos secretos y todo, ya le tienes enamorado de la sobrinita... Me parece que tendremos un socio más en el Casino de Moraleda.

CONCHITA.

¿Crees que Aurelio, con su talento y con la protección de D. Gonzalo, renuncie á ser ministro? Todos los hombres no son como tú... sin aspiraciones... sin...

LUÍS.

¡Qué tonta! Si Aurelio sólo desea vivir tranquilo, aborrece como yo las farsas de la política... y ¡vaya! Guadalupe es de más fácil desempeño que la cartera de Ultramar.

CONCHITA.

¡Qué comparaciones!

LUÍS.

Es la cartera de los principiantes. La cartera del colegio como quien dice.

PEPITA.

¡Uf! ¡Qué calor!

MARQUESA.

¿Lo ves hija? Ya te has puesto mala.

PEPITA.

¡No, no estoy mala!... ¡Estoy muy triste! ¡Muy triste! *(Echándose á llorar.)*

MARQUESA.

¡Pero hija!

CATALINA.

¿Qué le pasa á Pepita?
(Todos la rodean.)

GUADALUPE.

¿Por qué llora?

GONZALO.

¡Señorita!

PEPITA.

(Abrazándose á D. Gonzalo.) ¡Ay! D. Gonzalo de mi alma... ¡Si no me quiere usted me muero!

MARQUESA.

¡Jesús! ¡Qué cosas dices!

LUÍS.

No hay que asustarse. El *Champagne* frappé y la limonada.

MARQUESA.

¡Si lo decía yo! ¡Jesús qué sofoco! ¡Qué dirán ustedes! ¿Qué pensarán de ti estos señores?

GONZALO.

¡Señora!... ¿Qué hemos de pensar?...

ANSÚREZ.

Esto mismo prueba la falta de costumbre...

MARQUESA.

¡Ay! Sí señor. No crea usted que es costumbre. Mi hija está muy bien educada y nunca le ha sucedido esto.

ANSÚREZ.

Pues ya se ve, que no iba usted á ponerle profesor como de una clase de adorno.

PEPITA.

¡Ay, D. Gonzalo de mi alma!

MARQUESA.

No abraces, niña, no abraces.

CATALINA.

Eso no es nada. Entren ustedes en la casa. Tomará una taza de café bien cargadito y se le pasará en seguida.

GONZALO.

Es lo mejor.

LUÍS.

¡Es gracioso, muy gracioso!

MARQUESA.

Luisito, no vaya usted á contarlo en el Casino; que ustedes de todo sacan partido.

LUÍS.

¡Pero, señora! A usted no le preocupa más que el Casino.

PEPITA.

¡Ay, Sr. Ansúrez! ¡Yo me muero, me muero!

MARQUESA.

¡No abraces, hija, no abraces! ¡Jesús, qué sofoco! Vamos, hija. Ustedes perdonen. ¡Por algo no quería yo venir! ¿Qué pensarán estos caballeros? *(Entran en la casa la Marquesa, doña Catalina, Conchita y Pepita.)*

ESCENA II.

Guadalupe, D. Gonzalo, D. Juan Manuel, Aurelio, Ansúrez *y* Luís.

GUADALUPE.

¡Pobre Pepita!

GONZALO.

No será nada.

LUÍS.

En todas las giras le sucede lo mismo.

ANSÚREZ.

Y decía su mamá que no tenía costumbre....

LUÍS.

La costumbre es que la mamá sea la primera.

JUAN MANUEL.

¡Luisito! Estos caballeros no conocen á esas señoras y pudieran creer al oirte...

GONZALO.

Si es muy natural. En un día de campo siempre se hace algún excesillo. También yo he abusado de la fruta.

JUAN MANUEL.

¿Cómo? ¿Está usted malo? ¿Siente usted malestar?

GONZALO.

No, no. Tengo un estómago á prueba. Ya ve usted, en una ocasión me pasé tres días de sesión permanente con dos tazas de caldo.

AURELIO.

(Aparte á Luis.) Y un proyecto de empréstito entre manos.

LUÍS.

Vamos, sí, día de poco, víspera de mucho.

Venga esa mano... es usted un guasón... de los míos. ¡Lástima que no se haya usted franqueado antes... alguna juerguecilla hubiéramos corrido... aunque usted las mata callando.

AURELIO.

¿Yo?

LUÍS.

La viudita... por supuesto, la viuda figura en la guía de Moraleda; es como el relicario de la catedral, visita obligada para los forasteros.

AURELIO.

¡Mire usted lo que dice!

LUÍS.

¿Y á usted qué le importa? Usted no pensará en casarse con ella y si se casa usted será porque le convenga... No me mire usted así, somos amigos, nos conocemos y entre amigos...

GUADALUPE.

¡Aurelio! ¡Aurelio!

LUÍS.

Ha conocido que hablábamos de ella.

AURELIO.

¿Qué quiere usted? Guadalupe... Esto no puede ser.

GUADALUPE.

Estoy segura de que ese bruto hablaba de mí.

AURELIO.

Tenemos que hablar, tenemos que hablar mucho.

GUADALUPE.

Tú dirás cuándo. Al hotel no vuelvo. No falta quien me haya visto... La Marquesa lo sabe... lo sabrán todos.

AURELIO.

Aquí mismo... Ahora...

ANSÚREZ.

(Que ha estado observando á Guadalupe y Aurelio.) ¡Aurelio! ¡Aurelio!

AURELIO.

¿Qué quiere usted?

ANSÚREZ.

(Aparte á Aurelio.) Se está usted comprometiendo... D. Gonzalo está muy escamado. No tiene usted pizca de formalidad.

AURELIO.

¡Al diablo la formalidad! ¡Si usted supiera!...

ANSÚREZ.

Lo sé todo. La visitita del hotel... Se juega usted el porvenir.

AURELIO.

¿Qué quiere usted decirme?

ANSÚREZ.

Ya hablaremos muy seriamente.

JUAN MANUEL.

(A D. Gonzalo.) ¡Oh! La fruta de esta huerta, tiene fama en toda la provincia. Sobre todo las acerolas. Las monjitas de San Basilio me las compran en el árbol para hacer dulce de almíbar. ¡Exquisito dulce!... Ya tendré el gusto de enviarle á Madrid unos tarros.

GONZALO.

Los llevará usted mismo, cuando me visite... Ya sabe usted lo convenido.

ANSÚREZ.

¡Eso! ¡Eso! Tú en persona. D. Gonzalo no admite el obsequio si no eres tú el ordinario.

GONZALO.

Este invierno lo pasan ustedes en Madrid... La señora y la niña se alegrarán

mucho. ¡Siempre en Moraleda! No se arrepentirá usted del viaje. Allí organizaremos nuestro plan, conocerá usted á muchos personajes...

ANSÚREZ.

Nada; corre de mi cuenta. En cuanto llegue á Madrid, te tomo casa, te compro muebles, te busco criados, te alquilo coches. No tienes que pensar en nada.

JUAN MANUEL.

¡No tanto, hombre! Iremos á una fonda.

GONZALO.

Mi casa estaría á su disposición si pudiera ofrecerles comodidades... pero es tan reducida... Ya ve usted; para mi hija y para mí...

JUAN MANUEL.

Muchas gracias... pero...

ANSÚREZ.

No; tú no puedes presentarte en Madrid de cualquier manera. Todo el mundo te conoce. saben que eres riquísimo... El primer contribuyente de Moraleda.

JUAN MANUEL.

¿El primero? Porque no hay justicia. Ahi está el padre de Luisito que...

LUÍS.

¡Oiga usted! Mi padre paga lo que debe pagar... Sólo que usted tiene la manía...

JUAN MANUEL.

¡No me vengas con músicas! La dehesa del Llano la tiene tu padre tasada como capital, en menos de lo que renta y así todas las fincas.

LUÍS.

¿Usted qué sabe lo que valen las fincas de mi padre?

JUAN MANUEL.

¡Cómo que no lo sé! Vas á casarte con mi hija y no voy á saberlo... Y no es que me importe por eso. Lo sabía antes de que pensaras en casarte con ella.

GONZALO.

¡Señores! Yo no vengo de investigador... No hay que acalorarse.

LUÍS.

Sobre todo. Si usted es un primo, ¿qué culpa tiene mi padre?

JUAN MANUEL.

Yo te aseguro que no lo seré más.

LUÍS.

Sí; vaya usted á Madrid, y cuando vuelva usted, no tiene usted que pensar en la contribución, porque volverá usted sin renta ni capital y sin contribución.

JUAN MANUEL.

¡Luisito!

GONZALO.

¡Joven! Las apreciaciones de usted pudieran parecer ofensivas...

LUÍS.

¿Eh?

GUADALUPE.

(Conciliadora.) Respeten ustedes la independencia de Luisito. Es un verdadero joven. No es uno de esos viejos de 30 años, para quien el acta de matrimonio es un acta de diputado y el sí pronunciado al pie del altar, ensayo de muchos *síes* ministeriales. ¿No es verdad, Aurelio?

ANSÚREZ.

(Aparte á Aurelio.) Toda esa serenata es para su ventana.

GONZALO.

Aurelio dirá que tiene usted razón. Es un poeta y pasa por la política como artista

curioso... No será diputado ni ministro; pero escribirá una novela ó una comedia política, nos pondrá á todos en ridículo y si le aplauden se quedará tan satisfecho. No hay que pedir más á estos soñadores.

ANSÚREZ.

(Aparte á Aurelio.) Esto es más serio. ¿Oye usted? Está enfadado.

AURELIO.

¡Pobre de mí! *(A Guadalupe.)* Para usted soy un joven-viejo, traidor al amor y á la juventud. Para usted *(A D. Gonzalo)* un poeta, un soñador y casi un espía, traidor á un partido.

ANSÚREZ.

Decídase usted. ¡Qué situación dramática! De un lado la patria, de otro el amor... Arnoldo en Guillermo Tell... *(Cantando.)* ¡Ah! Matilde io t'amo...

ESCENA III.

Dichos, La Marquesa *y* **doña Catalina** *que salen de la casa.*

GUADALUPE.

¿Cómo está Pepita?

MARQUESA.

Mejor, muchas gracias. Se ha echado en un sofá. Conchita está con ella. En cuanto descanse un rato, nos retiramos con permiso de ustedes.

JUAN MANUEL.

Nos iremos todos. La noche está hermosa, pero más tarde siempre refresca. Luís, dí que enganchen los coches.

MARQUESA.

Pero no guíe usted á la vuelta. Voy en vilo cuando coge usted las riendas. Va usted echando chispas.

LUÍS.

Pues á la vuelta es lo que conviene... echar chispas...

MARQUESA.

¡Pero qué gracioso es usted! ¡Qué gracioso! Ya tiene usted un chiste para el Casino...

LUÍS.

Señora... en el Casino diré...

MARQUESA.

¿Qué dirá usted?

LUÍS.

Lo que diría ahora si estuviéramos en el Casino... Aurelio, acompáñeme usted. *(Bajo.)*

Usted no ha visto á la chica del hortelano. ¡Vaya una moza!

AURELIO.

Voy con usted... Pero diga usted. ¿El hortelano tiene perro?

LUÍS.

Ya entiendo... Por mí... coma usted... *(Se van del brazo por la izquierda.)*

MARQUESA.

¡Pobre Conchita! ¡No sé como tienen ustedes valor para casarla con ese bruto!... ¡Habiendo tantos!

GUADALUPE.

Voy con Pepita. ¿Dice usted que se le ha pasado ya?

MARQUESA.

Si; si no fué nada. Bebió mucha agua después de merendar, y con el trajín del columpio.

ANSÚREZ.

Sí, eso decía yo... el agua... se empeñaron en ponerle tanto vino... y limón y azúcar...

MARQUESA.

Diga usted que nos iremos en seguida. *(Váse Guadalupe á la casa.)*

ESCENA IV.

Dichos *menos* **Guadalupe.**

MARQUESA.

¡Ay! ¡Qué rato he pasado! Por ustedes, principalmente.

CATALINA.

¡Vaya! Es lo menos que puede suceder en un día de campo.

MARQUESA.

Ansúrez, ¿hace usted el favor de un vasito con un poquito de limonada?...

ANSÚREZ.

Un poquito.

MARQUESA.

Y diga usted, D. Gonzalo, con franqueza. ¿Qué impresión lleva usted de Moraleda?

GONZALO.

¡Inolvidable, Marquesa, inolvidable! ¿Cómo olvidar las atenciones de ustedes y el triunfo obtenido en la velada?

MARQUESA.

Es que estuvo usted admirable. Yo me

harté de llorar cuando dijo usted aquello de las madres españolas...

CATALINA.

¿Y la invocación á Nuestra Señora de las Breñas?

JUAN MANUEL.

A mi hija la tiene usted trastornada... y á Guadalupe, no digamos...

MARQUESA.

No; Guadalupe no se enteró mucho del discurso... Estuvo muy entretenida toda la noche.

CATALINA.

¡Ya, ya!

ANSÚREZ.

(Aparte á Juan Manuel.) ¡Juan Manuel! Llévate á D. Gonzalo, porque la Marquesa no descansa hasta que se lo cuente todo.

GONZALO.

De modo... que Guadalupe, dicen ustedes que...

ANSÚREZ.

(A la Marquesa.) ¡Chist!

MARQUESA.

No, yo no digo...

JUAN MANUEL.

D. Gonzalo. No haga usted caso. Son murmuraciones de provincias.

GONZALO.

Es que me intereso como padre...

ANSÚREZ.

(A Juan Manuel.) Pero, llévatele, hombre llévatele.

JUAN MANUEL.

No ha visto usted lo mejor de la huerta.

GONZALO.

¿Lo mejor?

JUAN MANUEL.

Sí... á usted ha de interesarle. Venga usted.

ANSÚREZ.

Sí, vaya usted... ¡Oh! Es muy interesante... vaya usted...

GONZALO.

Ya tengo curiosidad.

JUAN MANUEL.

(Aparte á Ansúrez.) ¿Qué le enseño yo ahora?

ANSÚREZ.

Tú verás...

JUAN MANUEL.

La noria... es lo más curioso... *(Vánse Juan Manuel y D. Gonzalo.)*

ESCENA V.

La Marquesa, doña Catalina y Ansúrez.

ANSÚREZ.

¡Vaya, señoras! Ahora pregunten ustedes, hablen ustedes, digan cuanto sepan y cuanto quieran saber.

MARQUESA.

¡Es un escándalo!

CATALINA.

¡Todo el mundo lo sabe!

MARQUESA.

Figúrese usted que el patio del hotel de Europa, tiene cuarenta y dos ventanas y veintidos de la casa de las de Bonillo, y estaban las siete asomadas cuando entró Guadalupe con un velo muy espeso...

CATALINA.

Y cuando salió después de dos horas...

MARQUESA.

¡Dos horas, Sr. Ansúrez! Dos horas en el cuarto de un hotel, con un hombre solo... ¡No se habla de otra cosa!

CATALINA.

Sabiendo ella que él está comprometido con la hija de D. Gonzalo.

MARQUESA.

¡De modo, que no hay reparación posible! ¡Se ha dado el escándalo y nosotras y nuestras hijas seguimos alternando con esa mujer!

CATALINA.

¡Si esta gente que llega á una provincia, sin que nadie sepa de dónde viene... ¿Se acuerda usted de aquella célebre doña Clotilde?

MARQUESA.

¡Calle usted! A mí se me llevó quinientas pesetas y un traje de Catalina de Médicis que le presté para un baile de máscaras...

CATALINA.

Pero Guadalupe parecía otra cosa...

MARQUESA.

Lo que no comprendo es lo que se ha propuesto esa mujer. ¿Quiere usted decirme lo que va ganando?

ANSÚREZ.

¿Yo qué sé, Marquesa?

MARQUESA.

Porque ese Aurelio, es un pelagatos, un intrigante que no será nada, si no se casa con la hija de D. Gonzalo (que entre paréntesis debe ser horrible), y si D. Gonzalo se enterara y ya se enterará de lo sucedido... ¡Adiós boda y adiós influencia! ¿Qué hace ese chico?

ANSÚREZ.

Pero, señora; si no hay nada de eso, si el pobre Aurelio es inocente...

MARQUESA.

¡Ah! ¿Quiere usted decirnos que las de Bonillo vieron visiones, cuando vieron salir á Guadalupe del hotel?

CATALINA.

¡Y las criadas de las de Cueto!

MARQUESA.

Y los camareros del hotel y todo el mundo...

Figúrese usted que para subir á las habitaciones del hotel hay que pasar por un patio...

ANSÚREZ.

Sí; con cuarenta y dos ventanas; cuarenta y dos ojos de Moraleda atisbadores y devoradores de vidas ajenas.

MARQUESA.

¡Ah! ¿Cree usted que es una calumnia?

ANSÚREZ.

Lo que digo es, que el pobre Aurelio es inocente.

MARQUESA.

¡Ah! Dejó la capa como José...

ANSÚREZ.

No señora. Estamos en verano. Pero Guadalupe no fué al hotel por Aurelio, ni Aurelio la enamora, ni ella le hace caso.

CATALINA.

Entonces...

MARQUESA.

¿Iría por mí... ó por usted?

ANSÚREZ.

(Con misterio.) ¡Por D. Gonzalo!

MARQUESA.

¡Eh!

CATALINA.

¡Eh!

ANSÚREZ.

Parece mentira que los murmuradores de Moraleda, que tantas veces se pasan de listos, no hallen más verosímil que Guadalupe prefiera el personaje más influyente al pobre Secretario del que nada puede esperar.

MARQUESA.

Eso sí... *(A doña Catalina.)* ¿Qué le parece?

CATALINA.

¡Es más verosímil!

MARQUESA.

Sí; porque Guadalupe no es tonta. Hay que ponerse en su caso.

CATALINA.

¡Dios me libre!

MARQUESA.

A mí también... pero se comprende que...

ANSÚREZ.

D. Gonzalo, naturalmente ha de guardar las apariencias... y el Secretario...

MARQUESA.

Para eso es Secretario. Mire usted yo, fué

lo primero que pensé... pero me dijeron tales cosas. Claro está que D. Gonzalo no iba á recibir á Guadalupe en casa de ustedes ni ella á él en la suya... Pero no me negará usted que el papel del Secretario...

ANSÚREZ.

Póngase usted en su caso.

MARQUESA.

En ese menos... ¡Así hacen carrera algunos hombres!

ANSÚREZ.

Ya lo saben ustedes todo... pero prudencia... No cometan ustedes la indiscreción de aludir delante de D. Gonzalo.

CATALINA.

¡No faltaba más! ¡Allá ellos! ¡Qué intrigas, Marquesa, qué intrigas! Crea usted que no veo la hora de que nos deje en paz toda esta gente.

MARQUESA.

Ya veo á Guadalupe en Madrid dándose tono... ¡Si me colocara al *perdis* de mi hermano!

ANSÚREZ.

D. Gonzalo no es capaz de enamorarse...

CATALINA.

¡Pero qué mujeres, Marquesa, qué mujeres... ¿Quién lo diría al verla en la Junta de la Congregación... con aquella humildad y... ya sabe usted en qué concepto la tiene su eminencia...

MARQUESA.

Hay que advertirle. No podemos permitir que engañe más tiempo á ese santo varón...

ANSÚREZ.

¡Marquesa!... ¡Prudencia! Por lo menos... mientras esté aquí D. Gonzalo. Cuando se vaya, entonces, ya tienen ustedes conversación en Moraleda para todo el invierno. ¡Uf! *(Váse.)*

ESCENA VI.

La Marquesa, doña Catalina
y después **Guadalupe.**

MARQUESA.

Si ya decía yo que Guadalupe era mujer de historia como la tía.

CATALINA.

Luego dicen que es una mal pensada. Ya

ve usted, nosotras, haciéndole mucho favor, habíamos pensado lo mejor.

MARQUESA.

Claro está. Porque al fin con el Secretario, podía pasar como una locura... es joven, buen mozo... ¡Quién está libre de volverse loca! ¿Pero D. Gonzalo que tiene lo menos los 58?

CATALINA.

Calle usted, viene Guadalupe.

MARQUESA.

Yo no paso por tonta. Que vea que lo sabemos todo... Si no damos un ejemplo de severidad. ¿Quiere usted decirme de qué nos sirve ser honradas? ¿Quiere usted decirme?

GUADALUPE.

(Saliendo de la casa.) Ya está bien Pepita; dice que cuando ustedes quieran marcharse...

MARQUESA.

Están enganchando los coches. Dos coches porque hemos venido muy apretados y á la vuelta hemos decidido no ir todos juntos.

GUADALUPE.

Pués yo voy con ustedes...

CATALINA.

(A la Marquesa.) ¿Qué dice usted á esto?

MARQUESA.

Usted debe ir donde vaya D. Gonzalo, en el sitio de honor... *(A doña Catalina.)* ¿Qué le parece á usted? A propósito, como tiene usted tanta influencia con D. Gonzalo, tengo que recomendarle á usted cierto asunto... Hay que aprovecharse de las ocasiones.

GUADALUPE.

¡Ay, Marquesa!... Usted conoce lo mismo que yo á D. Gonzalo y tendrá usted la misma influencia.

MARQUESA.

¡Por Dios!... A mis años y con mi carácter... Yo soy muy seria, ya lo sabe usted, muy seria.

GUADALUPE.

(Aparte á doña Catalina.) Oiga usted... ¿la mamá está como la niña?

CATALINA.

¡Ay! ¡Guadalupe! No quiera usted saber nada.

MARQUESA.

Vamos, Catalina. *(Al entrar en la casa á doña Catalina.)* Me parece que hemos mar-

cado bien la severidad. Hemos estado en nuestro puesto, sin inconveniencia.

CATALINA.

Yo creo que sí. *(Vánse.)*

ESCENA VII.

Guadalupe *queda pensativa como extrañando lo que ha oído. Después* **Ansúrez.**

GUADALUPE.

Pero... ¡Ah! Ansúrez. Oiga usted. ¿Se ha subido al columpio la Marquesa? Bien decía Luís, la costumbre era que la mamá empezara.

ANSÚREZ.

¡Ah! ¿Le ha dicho á usted algo?

GUADALULE.

¡Qué sé yo! Tonterías.

ANSÚREZ.

Tonterías, sí, pero muy serias.

GUADALUPE.

¿Usted también?

ANSÚREZ.

Guadalupe, escúcheme usted y no se ofenda usted por lo que voy á decirle. Sé guardar un secreto. Por mí, nadie sabrá nada. ¿Pero qué importa? Ya lo sabe todo Moraleda... Se ha comprometido usted y ha comprometido á Aurelio.

GUADALUPE.

¡Já, já! ¿Sabe usted que ahora es cuando me hace gracia?

ANSÚREZ.

¿Si lo toma usted así?...

GUADALUPE.

¿De modo que ya saben?

ANSÚREZ.

¿Pero usted pensó que no se sabría? ¿Usted no ha pensado que para subir á las habitaciones del hotel de Europa, hay que pasar por un patio y en ese patio hay cuarenta y dos ventanas y veinticuatro son de las de Bonillo y las de Bonillo son siete y la madre... y luego la criada de no sé quién y los camareros y gente que la seguiría á usted al entrar y al salir...

GUADALUPE.

Tanto mejor. Si estoy comprometida, Aurelio sabrá lo que debe hacer.

ANSÚREZ.

Pero Guadalupe, ¡por Dios! ¿Aurelio? Usted sabe... su porvenir, su brillante carrera política... Si D. Gonzalo supiera, y gracias á mi que he cortado las alas á la murmuración no lo sabe ya... pero algo sospecha, no hay duda... Y estando Aurelio para casarse con su hija... ya lo sabe usted... Y si no se casa, D. Gonzalo le retira su protección, y sin la protección de D. Gonzalo...

GUADALUPE.

Pero ¿usted cree que Aurelio puede casarse con la hija de D. Gonzalo? ¿Usted cree que Aurelio puede casarse?...

ANSÚREZ.

Sí; comprendo que usted... pero reflexione usted... Usted tiene juicio; debe usted tenerle. Comprenda usted que hay aventuras que no pueden tener mayor transcendencia...

GUADALUPE.

Pero como casarse con una mujer no es ninguna aventura sin transcendencia y Aurelio está casado, no sé como pueda casarse con otra..

ANSÚREZ.

¿Casado? ¿Y usted lo sabía?

GUADALUPE.

Naturalmente.

ANSÚREZ.

Entonces no puede usted llamarse á engaño.

GUADALUPE.

Claro que no.

ANSÚREZ.

Si fué usted al hotel, fué usted á sabiendas.

GUADALUPE.

Ya lo creo. A sabiendas de que iba á ver á mi marido.

ANSÚREZ.

¿Cómo?... ¡Aurelio!... ¡Su marido de usted!... ¡Su marido!...

GUADALUPE.

Sí, señor; hace ocho años. Y como pronto han de saberlo todos, porque no es cosa de prolongar una situación de comedia, que daría ocasión á mil enredos y trapisondas, se lo digo á usted para que no dude usted de mí, ni me crea gravemente comprometida.

ANSÚREZ.

No... si yo... El caso es que por disculpar á Aurelio, porque D. Gonzalo no supiera...

GUADALUPE.

¿Qué ha hecho usted?

ANSÚREZ.

Corro en busca de Aurelio... No me pregunte usted.

GUADALUPE.

Pero yo necesito saber... ¡Aurelio!

ANSÚREZ.

¡Bien estamos!

ESCENA VIII.

Dichos *y* Aurelio.

ANSÚREZ.

¡Venga usted acá!

GUADALUPE.

¡Ven aquí!

AURELIO.

¿Qué le sucede á usted?

GUADALUPE.

Deja el usted.

ANSÚREZ.

En buena nos ha metido usted. ¿Es decir, que ha estado usted engañando á D. Gonzalo, á mí, á todo el mundo? Abusando de la confianza que á todos nos inspiraba, pasando por lo que no era usted... Tratando de engañar á un padre y á una hija, que le abrieron de par en par las puertas de su casa y de su corazón...

AURELIO.

No prolongue usted el parrafito, que va usted á perder la gramática.

ANSÚREZ.

¡Eso es! ¡La ironía, el cinismo! Esto no es la sección de misceláneas políticas. Se trata de algo más serio. Ha jugado usted con la paz de una familia, con los intereses y la seriedad de un partido... con la confianza sagrada de la amistad.

GUADALUPE.

¡Ay! ¡Aurelio! ¿Es verdad que has hecho todo eso? Me asustas...

AURELIO.

No, hija. En los artículos de fondo, digo yo más cosas del Gobierno y nadie se asusta.

ANSÚREZ.

Sí, échelo usted á broma, como todo.

AURELIO.

No; pero oígame usted antes de acusarme. Me casé, nos casamos, cuando éramos dos chiquillos. Yo vivía en Madrid, en una casa de huéspedes; Guadalupe vivía en el piso tercero. Su padre era un modesto portero del Consejo de Estado. Yo no tenía más patrimonio que dos ó tres dramas; errantes de continuo por todos los teatros de Madrid, y una porción de versos y de leyendas, donde ponía yo toda mi vida de entonces, mis ilusiones, mis esperanzas. ¡Pero eran tan mías y tan pequeñas que á nadie le interesaban! Me enamoré y mi amor fué una poesía más.

GUADALUPE.

Nos enamoramos como dos locos... Yo quise suicidarme dos veces.

AURELIO.

En cuanto yo conté con 25 duros al mes, como redactor de un periódico de esos que se fundan con el único objeto de publicar el retrato de algún buen señor vanidoso que paga el primero y único número, nos casamos.

ANSÚREZ.

¡Valor se necesita!

AURELIO.

¡Figúrese usted nuestra vida!

ANSÚREZ.

¡Con 25 duros!

AURELIO.

No, sin 25 duros... Porque duró un mes. Comprenda usted la causa de nuestra separación, fué una separación por falta de víveres... Guadalupe tenía una tía en buena posición... estaba en relaciones con un señor muy rico... No quiero ocultarle á usted nada.

GUADALUPE.

Estaba en relaciones para casarse.

AURELIO.

Eso es; para casarse en cuanto se muriera la esposa del marido de tu tía... como se verificó seis años después...

GUADALUPE.

¿Qué dices, qué dices de la pobre tía?...

AURELIO.

¡Nada! ¡Qué idea tenía de mí la buena señora! ¡Me llamaba trovador con un desprecio!... Te recogió en su casa con la condición de que no volvieras á verme.

GUADALUPE.

¡Y tú lo consentiste!

AURELIO.

¡No! ¡Fuiste tú... tú!...

GUADALUPE.

Te faltó valor para sufrir á mi lado.

AURELIO.

No; para verte sufrir...

GUADALUPE.

Y por eso desapareciste de Madrid de la noche á la mañana.

AURELIO.

¿No pensabas tú marcharte con la tía... y te marchaste?...

GUADALUPE.

Pero yo siempre me acordaba de ti.

AURELIO.

¡Y yo de ti!

ANSÚREZ.

¡Historia interesante!

AURELIO.

¿Qué fué de mí? Fuí de todo.

GUADALUPE.

Cuando mi tía enviudó, vinimos á Moraleda y todo el mundo sabe cómo he vivido.

AURELIO.

Yo no lo sé.

GUADALUPE.

¡Ah! ¿Desconfías? Nada sabrás que pueda ofenderte. ¡Pobres de nosotras! Los hombres tenéis vuestra vida privada y vuestra vida pública... vida de artistas, de sabios y... de políticos. Cometéis bajezas, deslealtades, traiciones, y todavía parecéis honrados. Las pobres mujeres, no tenemos más que una vida, nuestra vida... Si en ella cometiéramos una sola de vuestras faltas no habría indulgencia para nosotras.

AURELIO.

Tienes razón. Tengo tanto que perdonarme que si algo tuviera que perdonar, perdonaria. La casualidad volvió á juntarnos, y el amor de los 20 años, el amor de mis dramas, de mis versos, de mis 25 duros al mes, renace con mayor fuerza... Nunca debimos separarnos... Fuimos muy cobardes; debimos morirnos de hambre, pero abrazados, juntos... para que pareciera que habíamos muerto de amor.

ANSÚREZ.

¡Estoy conmovido! ¿Pero ahora qué piensan ustedes hacer?

GUADALUPE.

No separarnos nunca. ¿Verdad Aurelio?

Mi tía está muy enferma y ya no tiene fuerzas para aborrecerte. Yo le hablaré al alma... y viviremos con ella, porque sería una crueldad abandonarla, y tampoco podríamos vivir de otra manera.

ANSÚREZ.

Sí... su tía de usted es muy rica, sin familia. Justo es que halle usted compensación. Porque ya no puede usted contar con D. Gonzalo, cuando sepa... Él que pensaba que fuera usted su yerno; porque usted dió motivos para que lo creyera, y ¡eso sí que no se lo perdono á usted!

AURELIO.

¡No! Guadalupe lo sabe. La hija de don Gonzalo está locamente enamorada de un amigo mío, oficial de Artillería, sin más caudal que su carrera. A D. Gonzalo le pareció poco para su hija y se opuso á la boda. Yo le parecía de mejor porvenir político y se empeñó en que frecuentara su casa. Convinimos en engañarle, y gracias á mí, la hija del Sr. Hinestrosa y mi amigo continúan en relaciones.

GUADALUPE.

¡Qué simpática debe de ser esa muchacha!

ANSÚREZ.

¡Pero engañar á D. Gonzalo!... Prestarse á ese papel...

AURELIO.

¿Mi papel? Es el mismo que desempeñaba como periodista procurando que algún general ingresara en nuestro partido. No sé por qué en la vida privada y hecho sin interés ha de ser deshonroso lo que todos los días hacía público por 5.000 pesetas al año... Y no sé por qué D. Gonzalo que se pasa la vida haciendo el amor á generales viejos, le extrañe que su hija se enamore de algún oficial joven. Yo, por mí, renuncio á la farándula.

ANSÚREZ.

Huye usted de la yernocracia y cae en el nepotismo.

AURELIO.

Viviré á expensas de mi tía política. Está de Dios que siempre sea política... ¡cómo ha de ser! ¡la moral pura no es de este mundo!

ANSÚREZ.

¡Siempre dije que no había usted nacido para político! No importa, es usted una pérdida para el partido; tenía usted mucho talento.

AURELIO.

¡Pobre talento que nunca pudo decir la verdad! ¡Para decir lo que se siente, qué poco talento se necesita!

GUADALUPE.

Ninguno. Vuelve á decirme las tonterías de los 20 años.

AURELIO.

¡Hermosas tonterías! Un poeta lo dijo: en amor, las palabras son siempre tontas, pero la música es divina.

ESCENA IX.

Dichos, D. Juan Manuel, D. Gonzalo *y* **Luís.**

LUÍS.

Ya están listos los coches.

JUAN MANUEL.

¿Y las señoras? ¡Catalina! ¡Marquesa!

ANSÚREZ.

¡Juan Manuel!

JUAN MANUEL.

¿Qué te sucede?

ANSÚREZ.

¡Buen viaje hemos echado! Tengo que hablarte. Es preciso preparar á D. Gonzalo.

JUAN MANUEL.

¿A D. Gonzalo?

ANSÚREZ.

Te lo diré por el camino.

GONZALO.

Querido Ansúrez. D. Juan Manuel me ha dado palabra solemne de visitarnos en Madrid este invierno.

ANSÚREZ.

¡Bravo!

AURELIO.

(Aparte á Ansúrez). ¿Lo ve usted? Ya estoy reemplazado. Con el dinero de D. Juan Manuel, pueden ustedes comprarme un sustituto. ¡Pobre señor!

ANSÚREZ.

¡Déjele usted!

AURELIO.

Por dejado. Tuvo dinero, comodidades y cariño desde joven... Para él la política es un lujo... Para mí fué necesidad. Justo es que pague su tributo.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, La Marquesa, doña Catalina, Conchita *y* Pepita.

MARQUESA.

¿Nos vamos?

JUAN MANUEL.

En seguida.

PEPITA.

¡Ay! Todavía se me anda la cabeza.

CONCHITA.

Apóyate en mí.

PEPITA.

(A Luís). Bien se habrá usted burlado de mí. Pues ha sido el columpio, no crea usted...

LUÍS.

Descuide usted, no diré nada en el Casino.

ANSÚREZ.

¡Vamos! Tengo prisa por llegar á casa.

MARQUESA.

Y yo. Estoy deseando llegar para decir á las de Bonillo...

ANSÚREZ.

¡Por Dios, señora! No diga usted nada... Hay novedades... Si Aurelio supiera que yo... Yo la contaré á usted cosas extraordinarias, verdaderas sorpresas.

MARQUESA.

¿De veras? No le suelto á usted.

ANSÚREZ.

Le aseguro á usted que tendrán ustedes conversación para todo el invierno, sin detrimento de la reputación de nadie.

MARQUESA.

¡Eso no es posible!

JUAN MANUEL.

¡A los coches! El brazo á las señoras.

GONZALO.

He pasado un día delicioso. El campo tiene para mí el encanto de lo prohibido. ¡Aquella vida de Madrid, la agitación continua y la fiebre!...

AURELIO.

Pensar que no volveré á oir esos discursos de circunstancias.

JUAN MANUEL.

¡Muchachos! ¡La despedida! ¡Música! Encended las bengalas.

TODOS.

(Aplauden y suena la música y encienden las bengalas.) ¡Bravo! ¡Bravo!

GONZALO.

¡Precioso efecto! No sé cómo agradecer...

VOCES.

(Dentro). ¡Viva D. Gonzalo Hinestrosa! ¡Viva!

GONZALO.

¡Pero esto es una apoteosis!

AURELIO.

(A Guadalupe). ¡Pura farándula! Ven aquí, dáme un abrazo.

GUADALUPE.

¿Me quieres mucho?

AURELIO.

¡Más que nunca! ¡Mi juventud, mi amor! ¡Tú eres la verdad!

TELÓN.